

AUSENCIAS

Si Federico viviera,
¡qué pena de Federico!
Granada ya no es Granada,
es un hondo precipicio
donde las aguas heladas
se pierden desde el inicio
y ni Madrid, ni Barcelona
siguen siendo ya lo mismo.

Las teclas de los pianos
tronchan las ramas de mirto
y en los márgenes del Darro
están llorando los niños,
porque a Soledad Montoya
no le da de sí el vestido
para cubrirse los pechos
cortados por cien cuchillos.

Con cien anillos de plata
como cien aros olímpicos,
el cielo se viene encima
nublado, oscuro, plomizo,
amenazando aguaceros

que se pierden por los ríos.
Y nadie encuentra vasija
que contenga ese suplicio,
ese derramar de lágrimas
del llanto por Federico.

Granada ya no es Granada
que es un pozo de suplicios.
Si Federico viviera,
¡qué pena de Federico!
Entre la sierra y la vega
sería un poeta perdido.

Y en Cadaqués los pinceles
se pierden pintando gritos
entre olas peregrinas
que no conocen su sitio.
El genio de los pintores
no encuentra trazos precisos
que definan al poeta.
¡Qué pena de Federico!

ALUZADOR